

AUTORIDADES ACADÉMICAS

Rector: *Dr. Guillermo R. Tamarit*
Vicerrectora: *Mg. Danya V. Tavela*
Secretario General: *Abog. Pablo G. Petraglia*
Secretario de Investigación, Desarrollo y Transferencia: *Dr. Jerónimo E. Ainchil*
Secretaria Académica: *Abog. Ma. Florencia Castro*
Secretario de Extensión Universitaria: *Lic. Juan P. Itoiz*
Secretaria de Asuntos Económico-Financieros: *Cdora. Mariela E. García*
Secretario Legal y Técnico: *Abog. Carlos D. Pérez*
Directora de Instituto de Posgrado: *Prof. Ma. Rosa Depetris*
Directora Centro de Edición y Diseño: *DCV Ma. de las Mercedes Filpe*

Guardasellos: Ing. Luis J. Lima

DIRECTOR DE LA REVISTA
Dr. Ángel L. Plastino

SUMARIO

#1 CIENCIA PARA LA VIDA

PÁG. 4 **EL PLANETA TIERRA:
SU ESTRUCTURA Y SU
BALANCE ENERGÉTICO**
*MIGUEL A. BLESA Y
DANIEL S. CICERONE*

PÁG. 34 **DE LAS LEYES
DE NEWTON
A LA GUERRA
DE TROYA**
ÁNGEL R. PLASTINO

PÁG. 50 **EL MEJORAMIENTO
GENÉTICO
DE ESPECIES
FORRAJERAS**
ADRIANA ANDRÉS

PÁG. 17 **PREVENCIÓN PRIMARIA
DE DIABETES TIPO 2**
JUAN J. GAGLIARDINO

PÁG. 40 **HECHOS E IDEAS PARA
PENSAR LA EDUCACIÓN**
GUILLERMO JAIM ETCHEVERRY

Edita

CEDi Centro de Edición y Diseño. UNNOBA
DCV Ma. de las Mercedes Filpe

Libertad 555, CP.6000 Junín / Tel 54 236 4407750
Monteagudo 2772, CP.2700 Pergamino / Tel 54 2477 409500
Buenos Aires, Argentina
Callao 289 3.º piso, CP.1022 Ciudad Autónoma de Buenos Aires /
54 11 53531520, Argentina

Diseño y diagramación

CEDi Centro de Edición y Diseño
Coordinador: DCV Cristian Rava
DCV Ma. de las Mercedes Ortín, Adolfo Antonini,
DCV Bernabé Díaz

Corrector de estilo: Mariángel Mauri
Fotografía: Nicolás Acuña

Impresión

Integraltech S.A.

Año 1 N.º 1

Noviembre de 2014
Tirada 500 ejemplares
ISSN 2408-4492
Queda hecho el depósito que marca la ley 11.723

*Se invita a potenciales colaboradores a remitir sus trabajos
al CEDi (cedi@unnoba.edu.ar)*

www.unnoba.edu.ar

EDITORIAL

¿Por qué ofrece la UNNOBA una revista de divulgación científica? Existe un cierto retraso en el desarrollo de la divulgación de la ciencia en relación con los vertiginosos avances científicos que se registran desde la segunda mitad del siglo XX y, en especial, durante los primeros años del actual siglo. Esto ocasiona una suerte de desfase entre la sociedad y sus científicos. Por ello resulta interesante e importante intentar llevar aspectos de la ciencia al público. Esto constituye a la vez un desafío y una necesidad social. Para satisfacerla, científicos, docentes, periodistas y escritores tratan a menudo de ayudar a los ciudadanos a valorar la Ciencia y superar posibles temores con relación a ella. En este contexto se enmarca la UNNOBA a través de su publicación *NÚCLEOS*. Pretendemos que nuestros autores acerquen a los lectores una visión actualizada de recientes desarrollos científicos, en particular aquellos que se originan en el país.

En tal intento podemos hablar tal vez de “alfabetización científica”, o bien de “popularización de la ciencia”. Salvando pequeñas diferencias semánticas, nos interesa realmente ayudar a gentes de cierto nivel cultural a compenetrarse y entender la relevancia de la Ciencia, acercándola en forma directa. Así atenderíamos 1) a un elemental requerimiento de información científica y 2) a superar temores que algunos puedan albergar sobre el quehacer de los científicos. Aquí hablamos de la inquietud que provoca lo desconocido, lo incomprensible, lo extraño y lo misterioso, que acompaña cierta imagen de la ciencia como derivada bien del desconocimiento, bien de la incomprensión. Es natural que se pueda llegar a sentir algún miedo a los cambios revolucionarios que la ciencia y la tecnología introducen en nuestra sociedad, sobre todo a partir de la segunda mitad del siglo XX, vía fantásticas innovaciones y grandes sorpresas que brindan apasionantes conjuntos de disciplinas científicas. Hay enormes consecuencias tecnológicas y humanas, con avances considerables en las telecomunicaciones y la informática, descubrimientos grandiosos en la biología, etc.

El problema mayor de la divulgación científica (DC) en el mundo es, como decimos arriba, el atraso que sufre, si se la compara con los avances gigantescos de la ciencia y la tecnología, con su influencia creciente y decisiva en el individuo y en los grupos sociales de nuestra época. En verdad, no se ha sido aún capaz, en nuestro medio, de establecer un diálogo fecundo entre ciencia y sociedad. Parece obvia la necesidad, para el desarrollo cultural de un pueblo, de que cierto tipo de investigaciones, hallazgos, descubrimientos, experimentos y preocupaciones de los científicos puedan ser transmitidos al público, que forma parte de la Sociedad de la Información pero que, en general, conoce muy poco sobre ciencia y tecnología, a pesar de que estas estén cambiando al mundo, transformando de modo radical la vida cotidiana. Nuestra propuesta es intentar, de forma modesta pero eficaz, que más allá de divulgar información, se acerquen al público elementos esenciales del desarrollo del conocimiento científico, contribuyendo con nuestro granito de arena a satisfacer la mencionada necesidad de divulgar la ciencia como instrumento de igualación cultural y de acceso generalizado al principal motor de transformación del Mundo. Cierta grado de compenetración con lo científico es esencial para toda actividad profesional, en una era de crecientes exigencias de calidad y de especialización. Debería verse a la divulgación como un proceso de desarrollo e integración de múltiples disciplinas y oficios, capaz de crear una atmósfera de estímulo a la curiosidad por la ciencia y su método, ayudando a despertar la imaginación, cultivando el espíritu de investigación, y desarrollando la capacidad de observación, la claridad de pensamiento y la creatividad. Se contribuiría así a descubrir vocaciones científicas, propiciando una relación más estrecha con los científicos.

Esto ayudaría a erradicar mitos y podría abrir caminos hacia la participación en el desarrollo cultural universal. Es casi unánime la convicción de que avances, hallazgos, experimentos, investigaciones y preocupaciones científicas se deban presentar al público y se constituyan en parte fundamental de su cultura. *NÚCLEOS* pretende desarrollar una modesta función complementaria de la enseñanza. La divulgación científica no sustituye a la educación, pero puede llenar vacíos en la enseñanza moderna, contribuir al desarrollo de la educación permanente y ayudar a adoptar una determinada actitud ante la ciencia. Se combatiría así cierta falta de interés. Mucha gente entiende bien aspectos de la política relacionada con la guerra, el orden público, la sanidad, la educación y el medio ambiente, pero la base de muchas de estas políticas sectoriales es la I+D asociada a la Ciencia, que permite la innovación y sobre la que, mayoritariamente, se ignora casi todo. Pretendemos comunicar ciertos avances de las grandes disciplinas de nuestro tiempo: astronomía, cosmología, origen de la vida, biología, conocimiento del universo (micromundo y macromundo) y del propio ser humano. En otras palabras, ayudar a la gente a comprenderse a sí misma y a comprender su entorno, tanto el visible como el invisible.

Terminamos esta exposición con palabras de Albert Einstein. Nada menos que para este genio tuvo la divulgación aspectos muy positivos. Nos dice lo siguiente: “Tuve asimismo la buena fortuna de conocer los resultados y métodos esenciales de toda la ciencia natural a través de una excelente exposición de carácter divulgador que se limitaba casi exclusivamente a lo cualitativo (los libros de divulgación científica de Bernstein, una obra en cinco o seis tomos), obra que leí con un interés que me robaba el aliento” [Albert Einstein, *Notas autobiográficas*, Alianza Editorial, 1984].

El lector juzgará por sí mismo si, en algún mínimo grado, la lectura de *NÚCLEOS* responde a estas disquisiciones editoriales.

Dr. Ángel Luis Plastino, Director.

HECHOS E IDEAS PARA PENSAR LA EDUCACIÓN

GUILLERMO JAIM ETCHEVERRY

Ya en los comienzos de la historia independiente de la Argentina, su dirigencia anticipó con lucidez el desafío que planteaba la educación de los ciudadanos. Cuando, a fines del siglo XIX, quienes lideraban nuestra sociedad promovieron, con una obstinación que ha sido reiteradamente destacada, la educación para todos, lo hicieron conscientes del efecto que esa política tendría para el desarrollo de la Argentina y, sobre todo, para su conformación como una sociedad integrada. Entre otros argentinos de la época, Sarmiento señalaba: “Vuestros palacios son demasiado suntuosos, al lado de barrios demasiado humildes. El abismo que media entre el palacio y el rancho lo llenan las revoluciones con escombros y con sangre. Pero os indicaré otro sistema de nivelarlo: la escuela”.¹ Es indudable que con el transcurrir del tiempo hemos abandonado esta concepción y la hemos reemplazado por el individualismo, el utilitarismo egoísta y el descarnado economicismo que caracteriza a nuestra sociedad contemporánea. Pero aún resuena la advertencia de Sarmiento: “El solo éxito económico nos transformará en una próspera factoría, pero no en nación. Una nación es bienestar económico al servicio de la cultura y de la educación”.²

Estas ideas, que fueron expresadas con claridad por los protagonistas de la Revolución de Mayo, se reiteraron a lo largo de los primeros años de nuestra historia independiente. Por citar solo un ejemplo, en 1837, al inaugurar el Salón Literario, organizado bajo el lema “Desechemos las obras de las tinieblas y vistamos las armas de la luz”, Marcos Sastre expresó en su discurso “Ojeada filosófica sobre el estado presente y la suerte futura de la Nación Argentina”: “Todo demuestra el gran vacío que hay en la instrucción pública de nuestro país. La imperfección de nuestros métodos de estudios y la necesidad que tiene la juventud estudiosa de recibir otras ideas, adquirir otros conocimientos, ocuparse de otras lecturas”.

En 1874, el mismo Marcos Sastre realizó un llamado desesperado a la dirigencia de su época:

¡Legisladores del pueblo argentino! ¡Hombres del poder! Escuchad la voz dolorida de la patria. Hay más de un millón de argentinos que no pueden participar de los beneficios de la civilización porque no saben leer. Esta cifra espantosa constatada por el censo aumenta día a día porque el aumento de la población es mayor que el número de quienes aprenden a leer.

¿Por qué no arrancáis de una vez a esa inmensa mayoría de vuestros comitentes y sus hijos de la abyecta condición del idiotismo en que se encuentran?

Enseñad a leer a todo el pueblo, que la imprenta, esa escuela popular de nuestra época, se encargará de instruirlo, presentándole en las puertas del hogar los tesoros de la ciencia moderna.

Enseñad a leer al pueblo y el mismo se elevará al nivel del progreso humano; de su seno saldrán los genios inspirados y los grandes benefactores que le darán las instituciones que deben completar su educación.

¿Os faltan los maestros? ¿Os faltan los caudales para distribuir el pan de la enseñanza a tantos desheredados del saber? ¡Pues qué!, ¿no estamos en el siglo de los portentos en que se abrevia el tiempo, se acortan las distancias, se multiplican las fuerzas, se populariza la ciencia y por el crédito disponemos de las riquezas del porvenir? El capital invertido en la cultura del pueblo, sería pagado por las generaciones venideras que habrían de cosechar sus óptimos productos.³

Podrían evocarse centenares de ejemplos que muestran la seria preocupación que siempre manifestaron nuestros fundadores por la educación. Pero lo importante es advertir que esta preocupación no se expresó solamente en el discurso, sino que, mediante sus acciones, los protagonistas de esa etapa fundacional de nuestra historia lograron modificar la realidad concreta de la compleja sociedad de ese momento. Es preciso recordar que, a comienzos del siglo XX, el 35% de la población argentina era analfabeta, mientras que en España lo era el 59%, en Italia el 48% y en la mayoría de las naciones de América del Sur, este porcentaje alcanzaba entre el 60 y el 80%. Asimismo, en 1935 la Argentina destinaba el 31% de su presupuesto nacional a la educación. En el

mismo período Canadá invertía el 29%, Alemania, el 27%, Chile, el 17% e Italia, el 9%. En moneda equivalente, la Argentina invertía en educación 20 pesos por habitante, mientras que en Francia se destinaban a ese objetivo 12,6 pesos por habitante; en Chile, 10,2; en Italia, 5,7; en Gran Bretaña, 31,2 y en Estados Unidos, 75,4.

A poco más de un siglo de distancia, quedan, como testimonios mudos de aquella epopeya educativa, entre otros, los edificios monumentales que alojaron a las escuelas de entonces. Esos mismos edificios que hoy ni siquiera estamos en condiciones de mantener o que —lo que es aún más grave— ni siquiera nos preocupamos por conservar. Es más, preferimos convertirlos en paseos de compras: los modernos “palacios de la cultura”. Precisamente, la magnificencia de esas escuelas pretendía señalar ante la sociedad de entonces la trascendencia que para su clase dirigente tenía la educación; grandiosidad que también contribuía a educar, como lo señaló Sarmiento en diversas ocasiones. En 1910, al conmemorarse el Centenario de la Revolución de Mayo, el contador de la Municipalidad de Buenos Aires, don Manuel Chueco, afirmaba a modo de balance:

Las casas que hemos edificado para nuestras escuelas son, cual corresponde a nuestras grandezas y a nuestras riquezas, lujosísimos palacios. Esplendidez que no es ostentosa vanidad, sino provechosa conveniencia. La casa escuela grande y limpia educa mientras el maestro enseña. Y cuando es lujosa y magnífica, educa más y mejor.⁴

Precisamente, en oportunidad de esa misma celebración, poco después de dejar de ser primer ministro de Francia, nos visitó Georges Clemenceau. De regreso en su país, escribió: “He visto escuelas profesionales y escuelas primarias que podrían servir de modelo en otros países. Locales irreprochables y niños de una limpieza absoluta”⁵

Esta superficial mirada a nuestro pasado basta para confirmar la magnitud de la decadencia en lo que respecta a la visión anticipatoria de nuestra dirigencia acerca de la trascendencia de la educación. Los llamados de atención, que entonces conmovieron tanto a la sociedad como para impulsar a su dirigencia a actuar y a modificar ese retraso que denunciaban, siguen resonando en nuestra época y constituyen el eco de una concepción de país que parece haber caído en el olvido.

UNA PARADOJA: HACIA LA SOCIEDAD DEL CONOCIMIENTO POR EL CAMINO DE LA IGNORANCIA

Enfrentamos hoy una tan extraña como inocultable paradoja. Por un lado, son unánimes las manifestaciones públicas que surgen de nuestras dirigencias cuando afirman, obligadas a hacerse eco del discurso dominante, que estamos ingresando en la “sociedad del conocimiento”. Se nos dice que solo aquellos países que cuenten con una economía basada en el saber y en la innovación que deriva de él tendrán posibilidades de desarrollarse y de subsistir en el futuro. Pero, por otra parte, a poco que nos detengamos a analizar nuestra realidad educativa, parecería que pretendemos ingresar en esa “sociedad del conocimiento”, simplemente, sin saber.

Son por todos conocidas las falencias con las que nuestros niños y jóvenes abandonan la educación formal. Esto se aplica a aquellos privilegiados que logran completar los doce años de esa educación. Efectivamente, el porcentaje de la fuerza de trabajo, es decir, las personas de entre 25 y 64 años, que no ha completado la educación media, hoy considerada como el mínimo requerido para trabajar, es entre nosotros del 58%. En Canadá, por ejemplo, el porcentaje equivalente es del 16%. Si consideramos, dentro de este grupo, a los más jóvenes, quienes tienen entre 25 y 34 años, el porcentaje es algo superior (52%), aunque, de todos modos, resulta alarmantemente bajo.

Otro indicador preocupante lo constituye el hecho de que, en el mismo grupo de 25 a 64 años, solo contamos con un 14% de personas que han completado la educación terciaria, frente a un 38% en Suecia, por ejemplo. Asimismo, entre nosotros se observan marcadas diferencias en lo que respecta a la distribución de la educación entre los diferentes grupos sociales. Por ejemplo, el 80% de los jóvenes procedentes de las familias que integran el 20% de mayores ingresos completa el nivel secundario, mientras que solo lo hace el 27% de los provenientes de familias que se encuentran en el 20% de menores ingresos. En la actualidad, alrededor de 900 000 jóvenes argentinos menores de 25 años no estudian ni trabajan.

En la actualidad, solo completa la educación media el 50% de los alumnos que ingresan; más de un millón de niños y jóvenes fracasa cada año en las escuelas primarias y secundarias; en los hogares más pobres repiten casi cinco veces más alumnos que en los más ricos. De acuerdo con un reciente estudio de la CEPAL, el 18% de los jóvenes de entre 15 y 19 años desertó de la educación, al tiempo que otro 15% de los integrantes de ese grupo estaba muy retrasado. En otras palabras, a pesar del hecho auspicioso de que en las últimas décadas se han incorporado a las escuelas muchos niños y jóvenes que antes no lo hacían, deberíamos realizar un esfuerzo sostenido para mantener dentro de ellas a un mayor número de personas con la finalidad de educarlas y no solo con el propósito de que estén allí como alternativa a vagar por las calles.

Estos pocos datos comparativos, extraídos de entre un universo de cifras de las que se deducen similares conclusiones, resultan ilustrativos para resumir la enorme deuda social que, en materia educativa, enfrenta nuestro país.

Pero esto no debe hacernos olvidar que no basta con incorporar alumnos al sistema educativo. Deberíamos, además, proporcionarles más y mejores herramientas para desenvolverse en un mundo de una complejidad creciente, sin descuidar su entrenamiento en el dominio de las capacidades básicas: comprender lo que se lee, desarrollar cierta capacidad de abstracción, poder orientarse, aunque más no sea rudimentariamente, en el tiempo y el espacio históricos. Es que, además de contar con relativamente poca gente educada, la calidad de la formación de quienes lo están es bastante pobre.

Son numerosas las investigaciones sobre calidad educativa que muestran nuestro alarmante retraso. En este sentido, resultan muy ilustrativos los resultados del estudio PISA, patrocinado por la OCDE: una comparación internacional del rendimiento educativo de jóvenes escolarizados de 15 años que se realiza cada tres años en un gran número de países del mundo en la que participó la Argentina desde el 2000, a excepción del año 2003. Del último estudio, que tuvo lugar en el 2012, surge que el 54% de nuestros jóvenes prácticamente carece de la capacidad de comprender lo que lee. Es preciso reiterar que se trata de jóvenes que están asistiendo a la escuela, ya que la investigación se realiza dentro de ese ámbito. El porcentaje equivalente en Finlandia es del 11% y en Corea, del 8%. Otro aspecto preocupante es la escasa cantidad de jóvenes con elevada capacidad de comprensión lectora: mientras que entre nosotros es del 0,5%, en Canadá o Australia se encuentra en el 12% aproximadamente. Es decir que tampoco contamos con un grupo que demuestre altas capacidades como en otros países, lo que desvanece el mito de la existencia de pretendidos grupos de excelencia. Siguiendo con la comprensión lectora, en el 2000, ocupábamos el puesto 35 de 41 países, con 418 puntos y, en 2012, con 396 puntos, estuvimos en el puesto 61 de entre 65 países, oportunidad en la que los estudiantes de Shanghai en China obtuvieron el máximo puntaje (580). Además, preocupa advertir que retrocedimos entre la evaluación del 2000 y la del 2012. La caída en el desempeño educativo afecta a los alumnos argentinos de hogares pobres, pero no escapan a ella quienes pertenecen a ambientes social y económicamente más favorecidos.

Similares deficiencias se advierten en lo que respecta a los conocimientos en ciencia y en matemática, cruciales por otra parte para la real "sociedad del conocimiento". Así, por ejemplo, mientras que en Argentina el 66% de los jóvenes posee muy escasos conocimientos de matemática, en Canadá, Corea o Japón se encuentra en una situación similar alrededor del 10% de los jóvenes. Cuando se comparan los resultados obtenidos en el estudio internacional PISA por alumnos argentinos de 15 años entre el 2000 y el 2012, se comprueba que el puntaje promedio en matemática en el año 2000 fue de 388, lo que nos ubicó en el puesto 34 de 41 países y, en el 2012, con un puntaje similar nos ubicamos en la posición 59 entre 65 países; ocasión en la que el máximo puntaje (613) fue obtenido también por los alumnos de Shanghai en China.

Aunque en el reciente estudio PISA los alumnos de Chile, Costa Rica, Uruguay, México y Brasil han superado a los de la Argentina, los países de América Latina comparten la crisis de la calidad educativa, con algunas diferencias entre ellos, como lo demuestran tanto ese estudio como numerosas otras investigaciones que se han ocupado exclusivamente de la región. Por ejemplo, el "Segundo Estudio Regional Comparativo y Explicativo" (SERCE) organizado por la UNESCO en el 2006 y enfocado en la educación primaria es encabezado por los alumnos de Cuba, quienes muestran el mayor rendimiento (con 627 puntos), seguidos, en ese orden, por los de Costa Rica, Chile, Uruguay, México y la Argentina (509 puntos). Cabe señalar que, en un estudio similar realizado en 1997, la Argentina ocupaba el segundo lugar, detrás de Cuba.

Los datos consignados bastan para extraer una conclusión esencial: la Argentina cuenta hoy con relativamente poca gente educada e incluso aquellos que han accedido a la educación exhiben un nivel de conocimientos y habilidades tan bajo, en comparación con los de la mayoría de sus pares en el mundo desarrollado al que pretendemos ingresar, que debería constituir un motivo de seria preocupación.

Por lo tanto, es posible afirmar que, aunque la educación es una prioridad declamada reiteradamente por la sociedad argentina, en los hechos concretos, es difícil advertir evidencias claras del esfuerzo social y personal que resulta imprescindible realizar para educar y para aprender.

TENDENCIAS CULTURALES CONTEMPORÁNEAS Y LA TAREA DE EDUCAR

Educarse se ha convertido en la actualidad en una tarea muy compleja porque, en cierto modo, apunta hacia una dirección contraria a las tendencias que prevalecen en la sociedad actual. Por eso, en paralelo con la escasa valoración social de la educación que demuestran los datos consignados, se debe destacar la falta de convicción en el sacrificio personal necesario para educarse, para aprender. Quien ha aprendido algo sabe que le ha demandado un esfuerzo personal. Interesado, guiado y ayudado por los maestros y apoyado por los

padres, quien aprende realiza un esfuerzo que involucra a toda su persona. Esta concepción está ingresando en un peligroso ocaso cuyas consecuencias son fácilmente observables en la escena cotidiana.

Aunque se insiste en la importancia de la educación, lo que debería reconocerse, en realidad, es que lo que en verdad interesa es la certificación de haberla recibido. Numerosos ejemplos confirman esta sospecha en la realidad argentina. Así, ante la pérdida de clases en algunas provincias debido a problemas gremiales, el reclamo de los padres no ha sido que sus hijos recuperen el conocimiento que han dejado de adquirir, sino que el Estado les reconozca como aprobado el grado o el año que no han cursado. Es esta una de las manifestaciones más claras de la hipocresía de la sociedad argentina en torno de la cuestión educativa.

Lo más grave de todo esto es que se está dejando de apreciar la contribución que hace la escuela —aquí “escuela” engloba al conjunto del sistema educativo— a la formación de la persona. Se ambiciona contar con la certificación de haber pasado por allí, pero no importa mucho que esta se encuentre necesariamente ligada a lo que dice certificar.

Puesto que subyace en la sociedad actual un cierto desprecio por la actividad intelectual, lo cual reafirma el carácter paradójico de la “sociedad del conocimiento”, la escuela se va convirtiendo en una suerte de pasatiempo, una franquicia más del mundo del espectáculo en el que vivimos inmersos. Al estar debilitándose aceleradamente la capacidad de retener la atención del ser humano, es preciso recurrir a cualquier artilugio para atrapar la mirada de los distraídos jóvenes espectadores. Porque, en realidad, el problema es que nos estamos quedando sin alumnos, sin personas dispuestas a encarar el esfuerzo que supone aprender, “escuchar” al maestro. El entretenimiento “light”, dirigido al cliente-espectador, reemplaza al trabajo intelectual riguroso y metódico que hasta ahora ha supuesto el aprendizaje del alumno, interesado por el docente en el saber.

El vacío de conocimientos en el que estamos dejando a nuestros niños y jóvenes, expresión de ese horror contemporáneo ante el esfuerzo, se justifica apelando a una idea que también merece ser analizada. Es la que sostiene que, como el conocimiento cambia tan rápidamente, no es necesario aprender prácticamente nada, puesto que, una vez concluida la escuela, lo que se aprendió en ella ya será obsoleto. Una concepción atractiva, si no fuera porque, en realidad, el problema de nuestros niños y jóvenes no reside en la vanguardia del conocimiento. Se trata, más bien, de una crisis de retaguardia: no comprenden lo que leen o no pueden realizar simples procedimientos de abstracción vinculados con la matemática. Eso no tiene relación con el conocimiento cambiante, sino con la adquisición de habilidades intelectuales básicas, que es lo que hoy no nos preocupamos por desarrollar.

Pretendiendo estar a la vanguardia, se instala velozmente la creencia de que la tecnología resolverá los problemas educativos. Es evidente que el crecimiento desarrollado por las tecnologías de la información y la comunicación hace necesario que nuestros jóvenes se familiaricen con ella. Pero deberíamos entender que, para hacerlo, es indispensable contar con habilidades intelectuales esenciales. Quienes se han formado en la etapa anterior a la aparición de estas tecnologías —los “migrantes digitales”— logran incorporarlas sin necesidad de realizar grandes esfuerzos porque comprenden lo que leen; son capaces de hacer la abstracción necesaria para intuir sus fundamentos. Contrariamente a lo que piensan los padres y, sobre todo, los abuelos, se sigue requiriendo mayor capacidad intelectual para escribir un poema que para manipular un teléfono móvil.

Este reconocimiento de la importancia de las capacidades humanas básicas es lo que nos ayudará a reformular la educación actual. Hoy se afirma que, en realidad, es preciso desarrollar en los chicos la habilidad de “aprender a aprender”, como está de moda decir. Sin embargo, siempre se enseñó a “aprender a aprender”; la diferencia reside en que antes se enseñaba a aprender “aprendiendo algo” y hoy se pretende enseñar a aprender en el vacío. Sigilosamente, el conocimiento concreto huye de las escuelas.

Este abandono del conocimiento está relacionado con otra característica que resulta importante mencionar: la resistencia a la norma, un fenómeno evidente en la sociedad actual. En un contexto como este, la educación entra en crisis porque, precisamente, está vinculada a la enseñanza de reglas y normas, especialmente en el campo de la lengua y de la matemática.

Por otra parte, la sociedad occidental ha evolucionado hacia un individualismo que, sin duda, tiene aspectos muy positivos, pero también negativos, como esta falta de aceptación de la norma, lo que torna la vida social tan caótica, difícil y compleja. No contamos con un sistema compartido de reglas y normas y el hecho de que la educación no haga hincapié en su existencia contribuye a la falta de respeto por ella que se observa en el escenario social.

Uno de los más claros ejemplos de esta situación lo constituye el aprendizaje de la estructura de nuestra propia lengua, que ha caído en el descrédito. En la actualidad, la lengua es “actuada”: se sienta a los chicos y se los hace hablar. Privilegiar la libre expresión ha conducido a que la lengua pública haya sido colonizada por la lengua privada, una pérdida de distinción que se observa con claridad en los medios de comunicación. Una

situación similar ocurre en el aprendizaje de la matemática. No son pocos los padres que, ante las dificultades de sus hijos en esta disciplina, las adjudican a la falta de una disposición innata. Un padre oriental no dudaría en explicar ese fracaso por la resistencia de su hijo a realizar el esfuerzo necesario.

Ampliar el panorama vital de una persona significa, precisamente, realizar ese esfuerzo. En última instancia, la educación nos proporciona a cada uno de nosotros la dimensión, el límite, de nuestras propias posibilidades. Mediante la educación tomamos conciencia de aquello que podemos ser, de lo que tenemos la capacidad de ser. Con frecuencia recorro a la definición que de la educación daba Hesíodo, poeta griego contemporáneo de Homero, en el siglo VIII a. C.: “Educar a una persona es ayudarla a aprender a ser lo que es capaz de ser”.

Otra cuestión importante es la vinculada con la idea que nos hemos ido formando acerca de la utilidad del conocimiento. Es frecuente escuchar a padres e hijos preguntar para qué sirve aprender determinado contenido. Esta pregunta, en apariencia inocente, esconde toda una concepción vital. Lo que se está cuestionando es si eso que se enseña en la escuela tiene una utilidad productiva inmediata, si servirá para hacer dinero con rapidez.

La educación está estrechamente relacionada con la expansión de la persona, con la construcción del ser humano, que en ese proceso adquiere capacidades no solo reflexivas, sino también productivas. Se forman personas que, lógicamente, deben ser además capaces de trabajar. Pero la formación de la persona está, sin duda, en primer lugar. Esa visión debe ser reconquistada en una sociedad como la actual, en la que el tipo de trabajo que se terminará realizando muchas veces se aparta claramente de aquello para lo que la persona se preparó. Hoy más que nunca resulta imposible predecir el desarrollo lineal de una carrera profesional. Por eso, la adquisición de herramientas intelectuales que proporcionen la flexibilidad necesaria para cambiar de empleo todas las veces que se plantee esa alternativa resulta esencial. No es casual que muchas universidades intenten formar personas con conocimientos en varias disciplinas fundamentales, tales como la historia, la física, la filosofía o la biología. No se busca que se conviertan en expertas en ellas, sino que adquieran las herramientas intelectuales que les son propias, porque son las que les permitirán acceder a la realidad desde ángulos distintos. Tampoco es casual que muchos gerentes de grandes compañías internacionales hoy no sean economistas o graduados en administración de empresas, sino, en cambio, filósofos o historiadores, puesto que son estos quienes mejor dominan las herramientas intelectuales que permiten comprender la complejidad de los veloces cambios que experimenta la realidad. Por eso, hoy más que nunca, tenemos la obligación de mostrar a los jóvenes la riqueza intelectual del mundo, ya que, precisamente, es eso lo que les otorgará mayores posibilidades de desarrollo personal. Se trata de un tema de debate muy interesante e imprescindible para contextualizar las propuestas que impulsan una especialización temprana, en realidad precoz, de los contenidos de la enseñanza.

LA CRISIS DE LA TRANSMISIÓN: EL HIATO INTERGENERACIONAL

La educación media argentina, a la que en alguna oportunidad caractericé como “una larga preparación para el viaje de egresados”, se está transformando en un período de tiempo prácticamente perdido, una especie de tiempo vacío en espera de lo que vendrá: el trabajo o los estudios superiores. Lo mismo sucede en el nivel universitario, en el que se impone concluir rápidamente los estudios de grado, sin importar de qué manera, porque se contempla la expectativa del posgrado. En suma, en el sistema educativo se vive en una permanente postergación.

Es importante comprender que no es posible hacer perder a nuestra gente joven un tiempo tan valioso. Es preciso realizar un esfuerzo para reintroducir en nuestra sociedad la idea de la importancia del aprendizaje de lo concreto. Si bien es preciso formar personas solidarias y creativas, estas deben poseer también brújulas intelectuales que les permitan orientarse en el mundo. Son escasos los esfuerzos que hacemos para mostrar a los niños y jóvenes que existe otra realidad más allá de lo superficial, banal y grosero que les exhibimos todos los días por los medios de comunicación; que el ser humano es capaz de otros desarrollos y que ha concretado, a lo largo de la historia, creaciones importantes en todos los campos. Nuestros jóvenes tienen derecho a acceder a ese patrimonio por la sola razón de ser humanos, y es nuestra obligación transmitirlo. Esa función de transmisión, que siempre ha caracterizado a la familia, primero, y luego a la escuela, está atravesando una crisis muy profunda, que explica en gran medida la situación que estamos viviendo.

Nuestro mundo privilegia lo joven y todos queremos ser jóvenes: padres y maestros pretendemos ser los amigos canosos de nuestros hijos. Tendemos a no diferenciarnos porque la cultura contemporánea es una cultura de lo joven, como característica en sí misma. La juventud dejó de ser una etapa transitoria de la vida, para pasar a ser la vida misma, un estado en el que se intenta permanecer indefinidamente.

Por eso, demostramos un respeto reverencial por el mundo joven y no percibimos que, en realidad, este es un producto de los adultos, creado por los adultos que encuentran en lo joven un vasto mercado consumidor. Nuestros jóvenes están siendo manipulados a escala global por adultos que hemos logrado

convencerlos de que la suya es una cultura propia. Y como la operación cultural se produce a escala planetaria, el nivel del producto es necesariamente bajo, porque la rentabilidad exige alcanzar a la mayor cantidad de gente posible. Esa es la razón por la cual muchas de las manifestaciones que observamos entre los jóvenes —como el actual regreso a la cultura carcelaria— reflejan lo más primitivo, la peor producción del ser humano. Y hablamos de “la peor producción” porque es preciso, además, admitir que hay diferencias entre los productos culturales y que hay que hacer un esfuerzo para mostrarlas, de modo que los jóvenes cuenten, al menos, con la opción de elegir.

Este endiosamiento de lo joven es crucial para comprender la crisis educativa. Si lo joven es lo importante y los adultos no tenemos nada que decirles, la escuela carece de sentido. Si los jóvenes ya lo saben todo, ¿para qué, entonces, educarlos? En esa concepción, la función de la escuela parecería ser la de contención en una suerte de consultorio psicológico, cuando, en realidad, la escuela debería privilegiar la expansión de la persona. Deberíamos volver a esta dimensión de ampliación que tiene la escuela y no limitarla a una estrategia de reducción de las expectativas vitales.

Nuestro tiempo se caracteriza por la brusca ruptura de los vínculos entre las generaciones. Como en nuestras sociedades se afianza la preeminencia del individualismo, la competencia y el rendimiento económico, los seres humanos nos hemos convertido en un “capital”, el humano, valorado en un pie de igualdad con las máquinas, el físico. Mezquino portador de ese bien personal, empresario de sí mismo, cada uno vive para sí, cree ser su propia obra. Sobre todo, tendemos a concebir nuestras vidas como independientes de las demás generaciones. Parecería que ya no les debemos nada a quienes nos han precedido y que nada nos obliga con quienes nos seguirán. Este ocaso de las solidaridades concretas entre los grupos de diferente edad se manifiesta en el desprestigio de los símbolos del intercambio entre generaciones, situación que, a semejanza del “desastre ecológico”, el sociólogo francés Christian Laval ha definido como el “desastre genealógico”. Como la educación constituye el paradigma de esos símbolos, la causa de su crisis debe buscarse en ese desastre.

Cuando, como ahora, la mercantilización generalizada intenta dejar a los jóvenes a merced del comercio y la publicidad, la difusión de los saberes, que dependía de los lazos entre edades, adquiere un valor simbólico y político subalterno. La escuela se ha construido sobre la solidaridad entre las generaciones, materializada en la transmisión de saberes y valores. Al devaluar ese proceso, la sociedad actual demuestra que solo quiere a sus maestros y a sus sabios para pretender justificar la producción de ese “capital humano” destinado a rendir en el mercado de trabajo. Además, la educación pública, paradigma de un proyecto común y democratizador, en lugar de ser valorada es empujada hacia el país de abajo, donde se acumula lo que se considera un lastre, un freno al avance del nuevo dios de la competitividad. Esa crisis de la educación pública constituye uno de los rasgos centrales de la decadencia educativa y, sobre todo, social que se observa en la Argentina.

También el desprestigio de quienes enseñan se debe a la corrosión de ese lazo entre las generaciones. La importancia singular de la tarea que realizan surge de su ubicación en el sitio mismo donde se entrelazan los problemas sociales con la cuestión genealógica de la transmisión de un patrimonio común. La sociedad occidental, capaz de producir bienes como ninguna otra, parece cada vez más imposibilitada de hacer lo que antes hacía —y algunas sociedades todavía intentan hacer—, perpetuarse en el tiempo, tejiendo ese lazo entre viejos y jóvenes. Pero, como se ha dicho, parecería no haber ya viejos y jóvenes. Vivimos en el mundo de la eterna juventud, en el que se está borrando la distinción entre las generaciones. Resulta lógico, pues, que la educación haya entrado en crisis, ya que está basada en esa diferencia.

Es esencial advertir el “desastre genealógico” que enfrentamos y resistirse a su avance, porque la supervivencia del conjunto social se edifica por medio de la solidaridad generacional. Hoy más que nunca, es preciso insistir en la importancia de que padres y maestros vuelvan a enseñar; de que se conciban como diferentes de los jóvenes. Anudar con ellos ese hilo invisible que permite tejer la trama de significados mediante los que se estructura una comunidad constituye una exigencia de civilización, más bien, de recivilización social.

EL INDIVIDUALISMO Y LA IGUALDAD

Otro elemento importante a propósito de la educación es el vinculado con la igualdad. En una sociedad que la privilegia como uno de sus valores fundamentales, no resulta sencillo comprender que las relaciones dentro de la escuela no son simétricas. No son lo mismo el maestro que el alumno, ya que, si lo fueran, no tendría sentido organizar escuelas. La idea según la cual la enseñanza supone una imposición sobre la libertad de quien aprende —tan en boga actualmente— debe ser seriamente revisada. Cuando el maestro requiere silencio por parte de sus alumnos, algo ya casi prohibido en nuestras aulas, comienza por hacer silencio él mismo. Habla, pero no sobre él o ella, sino sobre el conocimiento del que es vehículo. Están todos en silencio, el alumno y el maestro, aunque este hable, porque es el conocimiento el que ocupa el lugar central en la relación pedagógica.

Algunos estudiosos de este tema afirman que la crisis actual no es propiamente una crisis de la educación, porque no hay educación sin alumnos, y estos están hoy ausentes de la escuela, sustituidos por clientes. En efecto, es poco habitual que lleguen a la escuela alumnos, es decir, personas en actitud de aprender. Hay, sí, niños y jóvenes que asisten a ella, muchas veces como una obligación o para tratar de pasar un rato amable, pero no con la disposición de hacer el esfuerzo, de escuchar y de desarrollar junto con el maestro y sus compañeros las capacidades intelectuales que nos son comunes. La recreación de la figura del alumno es crucial y en ella desempeña un papel fundamental la familia.

Antes nadie dudaba de que era deber de los padres y maestros transmitir a los jóvenes un cuerpo de conocimientos y de valores, introducirlos en la cultura y desarrollar en ellos el respeto por la condición humana. Estos objetivos se cumplen cada vez menos porque se ha erosionado la jerarquía moral imprescindible para que los adultos puedan ejercer autoridad sobre los niños. Además, hoy ya no se piensa que exista una sabiduría superior que deba ser transmitida. Nada es superior, todo es igual. Este relativismo moral y cultural hiere de muerte la autoridad de la familia y de la escuela, representada por los padres y los maestros. Esa autoridad se ha transferido a los individuos. Todos, incluso los niños, nos sentimos autorizados a ser nuestros propios jueces morales. Todos nos consideramos con derecho a expresarnos, aunque no sepamos hablar. En realidad, no pocas veces se aprende a hablar callando, escuchando, leyendo... El efecto de esta tendencia en las aulas y en los hogares ha sido devastador.

En el terreno de la pedagogía, esta "libertad" para todos se ha traducido en el repliegue de la enseñanza, el desprestigio del conocimiento y la falta de respeto por el intelecto. Al mismo tiempo que la creatividad se convierte en el bien superior, las reglas y los hechos son falsamente presentados como sus enemigos.

La ideología subyacente es la de transferir el "poder" de los maestros a los alumnos. Este pedagogismo igualitario es, además, compasivo: propone que los errores no se corrijan, se privilegie un vago conocimiento "conceptual" y se evite enseñar lo que tiene apariencia de "regla" o "ley". Se devalúa el esfuerzo y la seriedad. Se desprecia lo exacto y lo correcto, que no solo es fundamental para el aprendizaje, sino, también, para el desarrollo de la moralidad. Este *laissez faire* resulta disparatado en la educación, una actividad que, en esencia, consiste en dar el ejemplo, en ejercer influencia, en despertar admiración.

Por eso, el culto al individualismo que caracteriza a la sociedad actual hace que cualquier intento de enseñar algo a alguien sea visto como una intromisión en la libertad del otro; un otro a quien hay que dejar así, como ya es: salvaje, sin cultivar, es decir, inculto. El problema es que, en lugar de que lo hagan la familia y la escuela, ese ser es construido por alguien invisible: un aparato mediático que lo concibe como un sujeto consumidor al que debe impermeabilizar frente a toda influencia que no sea la que promueve ese consumo. El objetivo: ignorantes resistentes a toda idea que difiera del mensaje predominante.

En esta concepción de la igualdad, en este privilegio absoluto de lo joven, en esta adoración de lo actual y lo moderno, en la velocidad en que vivimos es donde deben buscarse las razones por las cuales la escuela como institución está en crisis. Y, aunque todo indica que esto seguirá siendo así, tal vez deberíamos hacer un esfuerzo por revalorizar algunos aspectos básicos, esenciales.

¿QUÉ HACER? SOBRE MAESTROS, PADRES Y ALUMNOS

Los recursos dedicados a la educación son importantes, ya que en los presupuestos se advierte con claridad la verdadera trascendencia que una sociedad otorga a un problema. La educación no aparece como prioritaria ni en las inversiones que realiza el Estado ni en las que impulsa el sector privado. Si bien en los últimos años se ha realizado una inversión importante en el sector educativo, seguimos retrasados. Como demostración, baste una cifra: la Universidad de Buenos Aires cuenta con más de 300 000 estudiantes y tiene previsto para el 2014 un presupuesto de 645 millones de dólares, mientras que la Universidad de San Pablo, Brasil, con 60 000 estudiantes cuenta con un presupuesto anual que supera los 2200 millones de dólares. En otras palabras: una sola universidad de Brasil tiene un presupuesto que equivale a más de la mitad del destinado a las cuarenta y siete universidades nacionales argentinas, que es de 3700 millones de dólares. Y así podrían multiplicarse los ejemplos en todos los niveles del sector educativo, lo que no hace sino revelar la importancia que otorga nuestra sociedad a la educación.

Entre las alternativas para modificar la situación de la educación, se impone una muy modesta: regresar a la lectura. Quienes hablamos sobre estos temas y adjudicamos una trascendencia especial a la lectura no lo hacemos como demostración de idolatría por lo escrito, sino advirtiéndolo que estamos contruidos por ideas abstractas. Giovanni Sartori afirmaba hace poco que vivimos en una sociedad artificial en la que nos guiamos por ideas abstractas mientras que utilizamos herramientas para la transmisión de lo concreto. La imagen está vinculada a esa transmisión de lo concreto, porque lo que vemos impacta en nuestra esfera sensorial. La palabra, en cambio, apela a nuestro intelecto, a nuestro razonamiento. Por eso, el regreso a la lectura supone retornar a otra dimensión del tiempo, ligada a la reflexión.

Vivimos en una sociedad que privilegia la velocidad. Se nos ha comparado con la imagen de quien patina sobre un hielo muy delgado, forzado a ir muy rápido porque, si se detiene, se hunde. ¿Es esa la dimensión del tiempo que debe predominar también en la escuela?

La educación les da a las personas la posibilidad de entender que el ser humano cuenta con tiempos variados para desarrollarse. Hoy más que nunca, deberíamos recuperar esas otras dimensiones que nos abren la puerta a profundidades que merecen ser exploradas. De otro modo, nuestros chicos y jóvenes terminarán por pensar que solo es posible desarrollar sus vidas en esa aceleración superficial. Nuestra obligación como adultos es precisamente la de dar testimonio a nuestros jóvenes de que existe otra realidad, de que hay otras posibilidades. La escuela y la familia son agentes contraculturales que enfrentan a la cultura hegemónica dominante. Cuando se afirma que hay que abrir las puertas de la escuela para que ingrese en ella la vida, quizás convendría considerar la conveniencia de abrir las puertas de la escuela para que salgan a la calle los valores que ella encierra. Deberíamos hacer un esfuerzo en el sentido inverso: colonizar o culturizar la modernidad, presentar los valores de la cultura a la sociedad actual.

Es evidente que el contexto en el que se desarrolla hoy la educación es muy complejo. Sin embargo, la historia demuestra que el ser humano cuenta con enormes posibilidades de regeneración. Hay signos de que los jóvenes comienzan a comprender lo que sucede y que habrán de reclamarnos por la herencia que no les transmitimos. Del mismo modo, comienzan a advertirse reclamos en muchos lugares del mundo: es preciso reconocer que estamos ante una crisis educativa extendida a toda la sociedad occidental y que no constituye un patrimonio exclusivo de la Argentina, si bien entre nosotros tiene las preocupantes particularidades comentadas.

La caída de las vocaciones científicas, por ejemplo, es un rasgo de la sociedad actual que resulta paradójico. Afirmamos que vivimos en una sociedad que depende de la ciencia y de la técnica y, sin embargo, desciende el interés por los estudios de ciencia y tecnología. Esto tiene que ver con el rechazo al esfuerzo y a la norma ya comentados, pues se trata de disciplinas difíciles y complejas. A diferencia de Estados Unidos, que importa científicos y técnicos para superar esta deficiencia, la Argentina no puede comprarlos, sino que debe hacer un esfuerzo para volver a interesar a nuestros jóvenes en esos temas. Porque los jóvenes siguen siendo interesantes. Somos nosotros quienes nos hemos resignado a no hacerlo, a no mostrarles esas otras posibilidades, a no impulsarlos a descubrir, mediante la exigencia, que es tan excitante resolver un problema matemático como un videojuego. Hemos sido posiblemente contagiados por la cultura del desprecio al esfuerzo.

Por estas razones, es imperioso replantear el contrato de la educación. ¿Con qué objetivo los padres envían a sus hijos a las escuelas? Hace falta definir si este objetivo es que hagan deportes, se diviertan, la pasen bien o si buscan, en cambio, que desarrollen sus capacidades intelectuales. De ser esta la finalidad, se deberán respetar ciertas reglas. En la actualidad se ha quebrado el pacto fundacional de la educación: los padres asociados a los maestros para educar a los niños. Hoy los padres están asociados con sus hijos en contra de la escuela, que es percibida como una institución que intenta imponerse sobre los chicos, que distribuye un bien percibido como deseable: la certificación, pero que impone demasiadas condiciones para concederlo.

En este sentido, a las familias les cabe una gran responsabilidad. Si no saben con claridad qué pretenden de la educación, será muy difícil lograr cambios. Si conciben a la escuela como una especie de club, una “guardería ilustrada”, un sitio de contención de los jóvenes, es decir, si buscan que la escuela los entretenga, bastará con seguir considerando a sus hijos como sus víctimas, indefensas criaturas ya terminadas para quienes la escuela representa una intolerable experiencia de injustificada opresión a ser superada cuanto antes.

Resulta muy ilustrativo el hecho, comprobado en reiteradas ocasiones y recientemente confirmado por estudios del “Observatorio de la Deuda Social Argentina” de la Universidad Católica Argentina, de que alrededor del 60% de los padres califica como buena o muy buena la enseñanza que reciben sus hijos en todos los niveles de la educación (inicial, primaria y media) y no los cambiarían de escuela por ningún motivo. Se trata de esa misma enseñanza, cuyos tan desalentadores resultados hemos comentado más arriba. Son pocos los que admiten haber sido alcanzados por la crisis que denuncian en su entorno, en el que dos de cada tres jóvenes de entre 15 y 19 años carecen de los conocimientos mínimos que les permitirían incorporarse al mercado laboral: no completaron la educación media o no poseen las capacidades básicas de lectura.

En la medida en que los padres y el conjunto de la sociedad carezcan de la percepción real de la crisis que atravesamos y de la necesidad de esfuerzo que el desafío de ayudar a construir a una persona representa, el problema no se resolverá. Es preciso orientar la demanda de las familias, volver a reflexionar y a hablar sobre estos temas. Si los padres exigieran otras cosas de la escuela, al menos quienes están en condiciones socioculturales de hacerlo, la experiencia escolar de los que no tienen esa fortuna sería muy diferente.

Es imperioso volver a pensar que la escuela está íntimamente ligada al logro académico; una idea que ha desaparecido porque la institución se está vaciando de sustancia. Es la obligación de cada uno formarse como persona y es responsabilidad de los padres contribuir a que sus hijos cumplan con ese imperativo humano.

Es claro que a la pregonada “sociedad del conocimiento” se ingresa por la esforzada puerta del conocimiento real y concreto y, por eso, de la actitud que asumamos en relación con el objetivo de la educación, dependerá el destino de cada una de las personas y de nuestra sociedad.

Vivir genera una serie de responsabilidades. Hacerlo en democracia requiere imprescindiblemente que nos ocupemos con seriedad de la educación de todos, pues nuestra suerte está ligada al grado de comprensión general de los problemas que plantea un mundo cada día más complejo. No hay posibilidad alguna de construir una democracia seria, justa, solidaria y equitativa en una sociedad que no está educada. Pero, además, existe la responsabilidad de educarse para intentar ser una persona más completa y, de ser posible, mejor. Por eso, aquí los principales actores son los padres, pues si ellos plantearan otras exigencias a la escuela —al menos quienes están en condiciones de hacerlo— la educación de todos sería diferente. Para confirmar que el problema involucra a toda la cultura occidental, baste citar un párrafo de una nota que un grupo de profesores españoles envió no hace mucho a su Ministerio de Educación:

No se puede pedir a los profesores que trabajen con ilusión mientras aguantan diariamente toda clase de groserías. Los poderes públicos hablan solemnemente de la dignidad del profesor, pero luego permiten que se vulnere. Por ejemplo no se puede expulsar de un instituto a ningún alumno, aunque le suelte una profesora una zafiedad que bastaría para que lo expulsaran de una taberna. Si lo que un profesor tiene que soportar hoy en día de alguno de sus alumnos lo tuviera que soportar cualquier otro trabajador de sus compañeros o de su jefe, tendría razones sobradas para denunciarlos por acoso en el centro de trabajo.

Allí reside otra cuestión esencial: la imprescindible reinstalación en la escuela de la centralidad de la figura del docente. Es posible que haya muchos docentes escasamente preparados, pero eso es un síntoma de que no interesa lo que hacen, de que su tarea no es reconocida. Si no logramos recrear el respeto al docente, este problema no se encaminará hacia su solución. Es preciso reinstalar la autoridad del docente que surge de la responsabilidad que este asume cuando se hace cargo del conocimiento a ser transmitido. En una etapa como la actual, en la que el valor del conocimiento, paradójicamente, disminuye, la autoridad del docente también lo hace. En última instancia, la autoridad del maestro surge en el preciso momento en el que se propone hacerse cargo del conocimiento con el que se dispone a entusiasmar al alumno, a despertar su curiosidad, a transmitirle elementos que le ayuden a comprender. Al desaparecer esa actitud, la autoridad del maestro queda erosionada, a lo que también contribuye la pobreza del capital cultural que en la actualidad muchas veces el docente aporta al aula.

Asimismo, es preciso reconocer que, como reacción a ese desprestigio que sufren, los docentes han asumido muchas veces una postura contestataria que, ubicándolos a la defensiva, ha erosionado aún más su relación con los padres y con el conjunto de la sociedad. Tanto es así que hoy incluso avergüenza ser llamado maestro y se prefiere ser considerado animador de grupos, trabajador de la educación. La revalorización del docente solo será posible si la sociedad vuelve a apreciar lo que hace, a compartir su misión y a acompañarlo en ella.

Por tanto, la posibilidad de reconstruir la escuela vuelve a pasar por la importancia del conocimiento. Este es un valor en sí mismo y, aunque traten de convencernos de que es fugaz y relativo, lo que cada uno sabe sigue siendo importante y se pone en juego cada vez que toma una decisión, cada vez que emite un juicio. Es ese saber el que construye la visión que una persona posee del mundo y de sí misma, mediante el que se concreta el aporte que hace la cultura a la educación. Esta, a su vez, debería ser pensada no solo desde el punto de vista técnico-pedagógico, sino también desde la cultura, porque, en última instancia, la educación es la herramienta imprescindible para mantenerla viva y para poder recrearla en cada generación.

La formación de los docentes atraviesa una crisis profunda. Tal vez el elemento distintivo lo constituya el hecho de que se le otorga un gran énfasis a la tecnología de la enseñanza y se descuida el conocimiento. Solo cuando el docente llega a dominar muy bien lo que enseña, logra contagiar a sus alumnos su entusiasmo por aquello que lo apasiona. Es esa actitud de ejemplo la que en verdad “enseña” y constituye el signo distintivo de un docente efectivo.

Si no hacemos un esfuerzo para que la sociedad argentina se integre a través de la educación; si no logramos que los chicos manejen la lengua y adquieran un código de comunicación común; si no les damos la imprescindible riqueza de lenguaje que les permita expresar lo que piensan en lugar de recurrir a la violencia, enfrentaremos un grave problema. Resulta oportuno a este respecto recordar una frase de

Sarmiento, quien en 1849 dijo: “¿No queréis educar a los niños por caridad? ¡Pero hacedlo por miedo, por precaución, por egoísmo! Moveos, el tiempo urge; mañana será tarde”.⁶

Debemos comprender que no hay salvación individual, ya que la calidad de la vida de cada uno depende de la calidad de quien está frente a él. Por eso, debemos hacer un esfuerzo para educar mejor a la mayor cantidad de gente posible. Porque no vivimos aislados, vivimos en contacto con los otros; la calidad de esos otros es nuestra propia responsabilidad. De allí surge la gravedad de la decadencia de la educación pública, que brindaba la posibilidad de vinculación precoz entre distintos grupos sociales. Si no asumimos ese compromiso, que fue el que se concretó a fines del siglo XIX, nuestro futuro estará seriamente amenazado.

Un breve párrafo de Javier Orrico, profesor de Lengua y Literatura en la enseñanza media, poeta y periodista español, resume muy bien lo que he intentado expresar:

Ser joven es tenerlo todo por construir, estar expuesto a todos los peligros que los adultos hemos ido incorporando a nuestro repertorio de heridas, experiencias, logros y frustraciones. La inconciencia, la precipitación, el riesgo son condiciones inherentes a la juventud; por eso hay que entrenarla para hacerle frente y esos deberían ser los fines de la educación, imbuir en ellos el amor propio junto a la superación, la racionalidad y el sentido de la medida, el valor del esfuerzo, de la voluntad, de la memoria, del amor a lo bien hecho, del análisis lógico, la generosidad y el gozo del saber. Enseñarles a enfrentarse a sí mismos, a buscarse en las pruebas, a exigirse, a conocerse, a encontrar en el arte, en las ciencias, en la literatura, en la música las emociones más verdaderas y profundas, las preguntas, las razones para vivir e, inclusive, para morir. Mostrarles en fin cómo seguir siendo griegos, cómo concebir la vida como una aventura cuyo sentido o estupidez depende exclusivamente de cada uno. Que es eso lo que ha hecho grande a nuestra civilización y libres a quienes la hemos heredado. Frente a quienes concibieron siempre la vida desde el paternalismo, el colectivismo, el totalitarismo, la teocracia, el miedo y la desconfianza en el hombre. Hemos enviado a nuestros jóvenes a enfrentarse a la existencia sin un solo recurso personal, son profundamente dependientes y débiles cuando a más cosas tienen acceso, cuando más fuertes y conocedores de sus posibilidades deberían ser. Cuando más reciamente los tendríamos que haber construido desde esa aspiración del hombre total que fue el humanismo, cuando ante la atomización de las informaciones que reciben a través de los medios de masa más anclados deberían encontrarse en una tradición que les sirviera de referencia y de sentido.⁷

En última instancia, deberíamos comprender que la educación consiste precisamente en eso: en proporcionar anclas, en dar posibilidades de referencia, en alertar acerca de los sentidos. La Argentina tuvo la fortuna de que lo advirtieran quienes contribuyeron a su conformación como país. Es nuestra obligación volver a proporcionarles a las nuevas generaciones esas anclas, acercarlas a esas referencias, sugerirles la importancia de descubrir esos sentidos. Son obligaciones indelegables que, una vez más, deberíamos asumir con responsabilidad humana y ciudadana.

BIBLIOGRAFÍA:

1. Sarmiento, D. F.: “Banquete en Chile, 5 de abril de 1884”, en *Obras Completas*, vol. XXII, Universidad Nacional de La Matanza, 2001, 185-188.
2. Citado por Posse A.: “La Argentina y la dimensión perdida”, en *La Nación*, 24 de abril de 1992.
3. Escrito de Marcos Sastre del 18 de febrero de 1874 en San Fernando, en el que hace un llamado a los legisladores y hombres del Gobierno para que presten atención a la “Educación del pueblo”.
4. Chueco, M. C.: *La República Argentina en su primer centenario*, Buenos Aires, Compañía Sud-Americana de Billetes de Banco, 1910.
5. Clemenceau G.: *La Argentina del Centenario*, Buenos Aires, Universidad Nacional de Quilmes, 1999.
6. Sarmiento, D. F.: “Revolución francesa de 1848” (Crónica, 28 de febrero de 1849), en *Obras Completas*, vol. IX, 28-29.
7. Orrico J.: *La enseñanza destruida*, Madrid, Huerga y Fierro, 2005.

Guillermo Jaim Etcheverry fue profesor de la Facultad de Medicina de la Universidad de Buenos Aires, instituciones de las que fue decano (1986-1990) y rector (2002-2006) respectivamente. Miembro de la Carrera del Investigador del CONICET, es miembro de número de las Academias Nacionales de Educación y de Ciencias de Buenos Aires y de la Academia de Artes y Ciencias de la Comunicación y de Ciencias Médicas de Córdoba.